

LAS OBRAS DE MISERICORDIA

**DON FERDINANDO
COLOMBO**

la **r**evolución de las obras de misericordia



Illustraciones de Sor Marie-Anastasia Carré
Textos editados por el P. Ferdinando Colombo

Agradecemos los textos libremente revisados por
nosotros Edición no comercial



**SACRO
CUORE**

**Associazione Opera
Salesiana del Sacro Cuore** Bologna

PRESENTACIÓN

«Hijos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino con obras y en la verdad».

(1 Jn 3,18)

Año de la Misericordia

El Papa Francisco en el documento: «El Rostro de la Misericordia» (Mv) exclama con gran pasión: «¡Cuánto deseo que los años venideros estén impregnados de misericordia para llegar a cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios! Que el bálsamo de la misericordia llegue a todos, creyentes y lejanos, como signo del Reino de Dios ya presente entre nosotros». (Mv 5). Este documento mismo documento nos ayuda a recorrer la Historia de la Salvación en clave de Misericordia:

«En definitiva, la misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad con-creta con la que revela su amor como el de un padre y una madre que se conmueven hasta lo más profundo del corazón por su hijo. Se puede decir que es un amor «visceral». (Vm 6)

La misión que Jesús recibió del Padre fue revelar el misterio del amor divino en su plenitud. «Dios es amor». (1 Jn 4,8.16).

Su persona no es otra cosa que amor, un amor que se entrega gratuitamente. Sus relaciones con las personas que se acercan a él manifiestan algo único e irrepetible. Los signos que realiza, especialmente hacia los pecadores, los pobres, los excluidos, los enfermos y los que sufren, son signo de misericordia. Todo en Él habla de misericordia. Nada en Él carece de compasión. Lo que movía a Jesús en todas las circunstancias no era otra cosa que la misericordia, con la que leía el corazón de sus interlocutores y respondía a su necesidad más verdadera. (Vm 8).

Escuchemos la palabra de Jesús, que puso la misericordia como ideal de vida y como criterio de credibilidad de nuestra fe: «Bienaventurados los

misericordiosos porque encontrarán misericordia» (Mt 5,7) es la bienaventuranza que nos inspira particularmente este Año Santo. La misericordia de Dios es su responsabilidad para con nosotros. Él se siente responsable, es decir, desea nuestro bien y quiere vernos felices, llenos de alegría y serenos. En esta misma longitud de onda debe orientarse el amor misericordioso de los cristianos. Como ama el Padre, así aman los hijos. Como Él es misericordioso, así estamos llamados a ser misericordiosos los unos con los otros. (Vm 9)

**«Muéstrame tu fe sin obras
y yo con mis obras te mostraré mi fe....
Necio, ¿comprenderás que la fe sin obras no vale nada?».**
(Sant 2,18.20)

Las Obras de Misericordia

En este Año Santo, podemos hacer la experiencia de abrir el corazón a quienes viven en las más diversas periferias existenciales, que el mundo moderno crea a menudo de forma dramática. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento están presentes en el mundo de hoy! Cuántas heridas están impresas en la carne de tantos que ya no tienen voz porque su grito ha sido ahogado y apagado por la indiferencia de los pueblos ricos. En este Jubileo, la Iglesia será llamada aún más a curar estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con misericordia y a sanarlas con el debido cuidado y atención. No caigamos en la indiferencia que humilla, en la costumbre que anestesia el alma e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye.

Abramos los ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de dignidad, y sintámonos movidos a escuchar su grito de auxilio. Que nuestras manos estrechen las suyas y las atraigamos hacia nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, amistad y fraternidad. Que su grito se convierta en el nuestro, y juntos podamos romper la barricada de indiferencia que a menudo reina para ocultar la hipocresía y el egoísmo.

Deseo fervientemente que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo de despertar nuestra conciencia, a menudo adormecida ante el drama de la pobreza, y de entrar cada vez más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que comprendamos si vivimos o no como sus

discípulos. Redescubramos las obras de misericordia corporales: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger a los sin techo, cuidar a los enfermos, visitar a los encarcelados, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espiritual: aconsejar a los dudosos, enseñar a los ignorantes, amonestar a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, soportar pacientemente a los acosados, orar a Dios por los vivos y los difuntos.

No podemos escapar a las palabras del Señor: y por ellas seremos juzgados: si hemos dado de comer al hambriento y de beber al sediento. Si hemos acogido al forastero y vestido al desnudo. Si hemos tenido tiempo para estar con el enfermo y el preso (cf. Mt 25,31-45). Asimismo, se nos preguntará si habremos contribuido a superar la duda que hace caer en el miedo y es a menudo fuente de soledad; si habremos sido capaces de superar la ignorancia en la que viven millones de personas, especialmente los niños que se ven privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza; si hemos estado cerca de los que están solos y afligidos; si hemos perdonado a los que nos ofenden y rechazado toda forma de rencor y de odio que lleva a la violencia; si hemos sido pacientes siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros; si, finalmente, hemos confiado al Señor en la oración a nuestros hermanos y hermanas. En cada uno de estos «pequeños» está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como un cuerpo torturado, herido, flagelado, desnutrido, que huye... para ser reconocido, tocado y cuidado por nosotros. No olvidemos las palabras de san Juan de la Cruz: 'En la tarde de la vida, estaremos abatidos de amor'». (Vm 15)

Oración de Charles de Foucauld

*Padre mío, me entrego a Ti. Haz de mí lo que Te plazca.
 Todo lo que Tú hagas de mí, Te lo agradezco.
 Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo,
 con tal de que se haga Tu voluntad en mí y en todas Tus criaturas: no
 deseo otra cosa, Dios mío.
 Pongo mi vida en Tus manos, Te la entrego, Dios mío,
 con todo el amor de mi corazón, porque Te amo
 y es una exigencia de amor para mí entregarme
 y ponerme en Tus manos sin medida,
 con infinita confianza,
 porque Tú eres mi Padre. Amén.*



DAR DE COMER A LOS HAMBRIENTOS

Cada año, casi 11 millones de niños mueren antes de cumplir los cinco años; la desnutrición es la causa contribuyente del 53% de estas muertes.

En Europa, 79 millones de personas siguen viviendo por debajo del umbral de la pobreza. En Italia se tira una media de 8.700 millones de euros al año debido al desperdicio de alimentos. Hoy en día, cuando se trata de comida, sólo pensamos en nuestros propios deseos glotonos... y los anuncios desde luego no ayudan... Compra, come, vuelve a comprar.

Casi 850 millones de habitantes del planeta Tierra (de los más de 7.000 millones que lo habitan) siguen padeciendo hambre crónica (definida como la ingesta de menos de 1.800 kcal al día), mientras que 1.300 millones se encuentran en una situación completamente distinta, en condiciones de obesidad y sobrepeso. (Informe de la FAO «El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo-SOFI 2013»).

En los países pobres del hemisferio sur, el problema es a menudo el de poder comer algo, porque la escasez de alimentos o su acaparamiento por unos pocos que se los quitan a los muchos es un hecho real y maniiesto. Se muere de hambre, se está desnutrido por inanición, se está débil hasta el punto de contraer fácilmente enfermedades, sin tener fuerzas en el cuerpo para luchar contra ellas: todo esto no es más que el signo epifánico de la injusticia del mundo, un lugar donde algunos "hacen cada día un banquete abundante"(cf. Lc 16,19), viven con ostentación, hacen alarde de riqueza y exhiben su poder arrogante.

A nosotros, creyentes en el Dios que "da pan a toda carne" (Sal 136,25), es decir, a todo viviente, esta situación de hambre nos parece injusta y absurda, una verdadera contradicción con la bondad de Dios que quiere la vida en abundancia para todas sus criaturas.

Y así nos vemos llevados a descubrir que la tierra ha sido dada a todos; que la mesa puesta con los bienes del mundo es para todos; que nadie puede decir que algo es sólo «suyo», privando de ello al otro; que las riquezas se distribuyen injustamente, de modo que paradójicamente la humanidad ha llegado a sufrir porque una parte de ella es obesa, mientras otra se muere de hambre. (Enzo Bianchi)

Don Benzi escribió:

"Hay una diferencia entre servir y compartir.

- El servicio exige rendimiento, compartir exige pertenencia.*
- La persona pobre que conoces es un corazón para ser comprendido, no un estómago que llenar.*
- Si le tratas como un estómago hambriento en el que echas pasta y carne asada, un día lo vomitará.*
- El pobre es una persona con dones maravillosos que lleva consigo, con una misión que cumplir.*
- El pobre espera tu mano antes de que le echés encima un vestido usado sobre él.*
- Si le tratas como a un muñeco sobre el que tiras ropa más o menos gastada, un día te la tirará violentamente, rechazando tu persona.*
- Quiere que le pidas perdón porque tú lo tienes todo: a él le ha robado todo esa sociedad que te ha dado tanto que tú le das migajas, hiriendo su dignidad, humillándolo.*
- Detente con el vagabundo de la calle: habla con él antes de abrir la cartera.*
- Dialoga con el barrendero, no lo veas como una molestia, háblale en su humillación y lo entenderá".*

Dice el **Catecismo de la Iglesia Católica** (número 2463): En la multitud de seres humanos sin pan, sin techo, sin morada fija, ¿cómo no reconocer a Lázaro, el mendigo hambriento de la parábola? ¿Cómo no revivir a Jesús: "A mí me lo hicisteis, a mí no me lo hicisteis" (Mt 25)?

El Apóstol **Santiago** dice: «Si un hermano o una hermana están sin ropa y sin el alimento cotidiano, y uno de vosotros les dice: "Vayan en paz, calentaos y saciaos", pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe: si no va seguida de obras, por sí misma está muerta» (Sant 2,15-16).

Recordemos a **Jesús** cuando dice: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios..." (Mt.4:4). Cuando un cristiano da de comer al hambriento, no actúa en su propio nombre, sino en el Nombre de Aquel que es Misericordia infinita, que alimenta al hambriento con el pan de cada día y que Él mismo se hizo Alimento en la Eucaristía, Pan de vida eterna, alimento por excelencia. Lo decimos en el Padrenuestro: "danos hoy nuestro pan de cada día...".

Un alimento infinitamente más importante y necesario: ¡Jesucristo mismo! «Yo soy el Pan de Vida. ... Yo soy el Pan vivo bajado del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo» (Jn 6, 48-51).

ENVÍAME ALGUIEN A QUIEN AMAR

de Madre Teresa de Calcuta

*Señor, cuando tenga hambre, dame a alguien que necesite alimento
cuando tenga pena, dame alguien a quien consolar;
cuando mi cruz se haga pesada, permíteme compartir la cruz de otro;
cuando me sienta humillado, dame alguien a quien alabar
cuando esté desanimado, envíame a alguien que me anime;
cuando necesite la comprensión de los demás
dame a alguien que necesite la mía
cuando necesite que me cuiden
envíame a alguien a quien cuidar;
cuando sólo pienso en mí mismo
atrae mi atención hacia otra persona.
Haznos dignos, Señor, de servir a nuestros hermanos
que en todo el mundo viven y mueren pobres y hambrientos.*





DAR DE BEBER A LOS SEDIENTOS

800 millones de personas carecen de grifo en sus casas, según estimaciones de la OMS, la Organización Mundial de la Salud, más de 200 millones de niños mueren cada año como consecuencia del consumo de agua insalubre y las deficientes condiciones sanitarias resultantes. En conjunto, se calcula que el 80% de las enfermedades en los países del Sur se deben a la mala calidad del agua. En todo el mundo, 1.400 millones de personas no tienen acceso al agua potable. Un ciudadano norteamericano utiliza 1.700 metros cúbicos de agua al año; la media en África es de 250 metros cúbicos al año. La Comisión Mundial del Agua indica 40 litros por persona y día como cantidad mínima para satisfacer las necesidades esenciales. Con unos 40 litros nos duchamos los italianos, para otros representa el agua de toda una semana. Italia es el primer país de Europa en consumo de agua y el tercero del mundo, con 1.200 metros cúbicos de consumo al año per cápita. Sólo nos superan Estados Unidos y Canadá. En comparación con los parámetros europeos, sin embargo, sólo podemos pasar por derrochadores: los italianos consumen casi ocho veces el agua que se utiliza en Gran Bretaña, diez veces la que usan los daneses y tres veces lo que consumen en Irlanda o Suecia.

El agua se convirtió en el oro azul

Si la crisis del agua está vinculada a múltiples factores (aumento de la población mundial, aumento de la necesidad de agua para usos industriales, civiles y agrícolas, contaminación de los cursos de agua y de los acuíferos, cambio climático...), requiere políticas inspiradas en valores culturales y humanos de solidaridad, no meramente económicos. La transformación del agua de derecho en mercancía es uno de los principales motivos de injusticia.

Papa Francisco

«Un problema especialmente grave es la calidad del agua de que disponen los pobres, que causa muchas muertes cada día. Las enfermedades relacionadas con el agua, incluidas las causadas por microorganismos y productos químicos, son comunes entre los pobres. La disentería y el cólera, causados por el saneamiento y el abastecimiento de agua

inadecuados son un factor importante del sufrimiento y la mortalidad infantiles». (Laudato si, 29)

«El acceso al agua potable y salubre es un derecho humano esencial, fundamental y universal, porque determina la supervivencia de las personas y, por tanto, es una condición para el ejercicio de los demás derechos humanos». (Laudato si, 30)

«Es previsible que el control del agua por parte de las grandes corporaciones mundial se convierta en una de las principales fuentes de conflicto de este siglo». (Laudato si, 31)

La bebida es vida. Al igual que cualquier tipo de existencia vegetal necesita agua, el ser humano la necesita aún más. Es más terrible morir de sed que morir de hambre. Desde el primer momento de su existencia, la criatura necesita alimentarse. El recién nacido busca inmediatamente el pecho de su madre; pero incluso antes de nacer, la madre lo alimenta, para que el feto pueda desarrollarse y crecer, hasta llegar a ser -en cierto modo- autónomo. En la vida del hombre, comer y beber son necesarios, indispensables: no de vez en cuando, sino siempre, todos los días, ¡desde el nacimiento hasta la muerte!

Allá por 1994 **Juan Pablo II**, en el Día Mundial de la Alimentación subrayó la necesidad de «... considerar la importancia del agua para la vida y el sustento de las personas y las comunidades. Puesto que todo el mundo debe tener acceso a suministros de agua no contaminada, la comunidad internacional está llamada a cooperar para proteger este precioso recurso de formas inadecuadas de uso y despilfarro irracional. Sin la inspiración que proviene de los principios morales profundamente arraigados en el corazón y la conciencia de los hombres, los acuerdos y la armonía que deben existir a nivel internacional para la preservación y el uso de este recurso esencial serán difíciles de mantener y llevar adelante. Todo esto sólo puede llevar a tomar conciencia de la gravedad del problema y a trabajar a nivel político para responder adecuadamente a la demanda desesperada de quienes piden de beber. De lo contrario, las palabras «Tuve sed y no me disteis de beber» (Mt 25, 42) nos juzgarán y nos sorprenderán incluso a nosotros.

Una mujer **Samaritana** vino a sacar agua. Jesús le dijo: «Dame de beber». Comienza así un diálogo en el que la mujer no saca agua y Jesús no la bebe, pero ambos muestran que la verdadera agua que puede saciar es el encuentro y que la verdadera sed es el deseo de relación.

Y Jesús, prometiendo el agua del Espíritu y de la revelación, proclama el agua que sacia la sed de la vida eterna. Jesús respondió: "El que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no volverá a tener sed jamás; es más, el agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua que salte para vida eterna" (Juan 4:3-42).

Hay una afirmación de Jesús, recogida sólo por Juan: «El que tenga sed, que venga a mí, y el que crea en mí, que beba; como dice la Escritura, "de su seno correrán ríos de agua viva". Esto dijo refiriéndose al Espíritu que recibirían los creyentes en él» (Jn 7,37-38).

Jesús dice: "El que dé siquiera un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños, porque es mi discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa" (Mt.10,42).

Y no olvidemos aquel grito doloroso de Jesús en la Cruz: "¡Tengo sed!", que abarca todas las necesidades de los hombres que sufren, pero también y principalmente el sufrimiento de Dios hacia los perdidos. Sí, dicen los santos, Jesús tiene sed de nosotros, tiene sed de las personas en peligro de perderse, y su grito desde la Cruz busca personas que le ayuden a saciar esta sed convirtiéndose en sus discípulos para llevar hacia Él al mayor número posible de personas.

(Luciano Manicardi)

ORACIÓN

*Gracias, oh Dios Padre nuestro
que en nuestra Hermana Agua, tu criatura
nos has abierto el seno de la vida;
gracias a ti, por la ola que riega, el lavado que purifica,
la bebida que sacia nuestra sed, la fuente de nuestro renacimiento
Cristo tu Hijo. Haz, Señor, que todo hombre goce siempre de este
refrigerio y conserve clara y casta la obra de la creación,
vea en ella la reverberación de tu bondad
y una invitación constante a la pureza del cuerpo y del alma.
Por Cristo nuestro Señor.
Amén.*



VESTIR AL DESNUDO

A estas alturas, es obvio, sólo pensamos en cómo vestirnos. Y si no tenemos ese par de zapatillas Nike o Adidas, nos enfandamos.

¡Comprar y comprar ropa que al cabo de un par de meses ha pasado de moda! Mientras que hay personas que, en su necesidad, si tienen un par de trapos para ponerse, ¡tienen un armario completo!

"Si uno desnuda al que está vestido, se le llama ladrón. Y el que no viste al desnudo cuando puede hacerlo, ¿merece otro nombre? El pan que guardas para ti es del hambriento; el manto que guardas en tu armario es del desnudo; los zapatos que se pudren en tu casa son de los descalzos; la plata que guardas enterrada es del menesteroso." **San Basilio Magno** (330 d.C.)

Particularmente incisiva es la advertencia de **San Juan Crisóstomo**: «¿Quieres honrar el cuerpo de Cristo? No lo descuides cuando está desnudo. No le honréis aquí en el templo con paños de seda, y luego le descuidéis fuera, donde sufre frío y desnudez.»

El acto humano de vestir al desnudo se basa en la **Biblia** en el gesto original del propio Dios, que cubrió la desnudez humana preparando vestidos y vistiéndolos después a Adán y Eva tras su transgresión: "El Señor Dios hizo al hombre y a la mujer vestidos de pieles y los vistió" (Gn 3,21). La transgresión del hombre en el jardín del principio hizo que los seres humanos salieran del espacio de comunión y se dieran cuenta de su "desnudez", es decir, de su condición de criaturas limitadas y frágiles, que empezaran a desconfiar unos de otros y a temerse, que la alteridad empezara a ser vivida como una amenaza.

Así fue como Adán y Eva "trenzaron hojas de higuera y se hicieron cinturones con ellas" (Gn 3,7). Pero sólo en el momento en que Dios mismo les hizo túnicas de pieles y los vistió (cf. Gn 3,21) vieron restaurada su dignidad, vieron su fragilidad envuelta por la misericordia divina, sus limitaciones protegidas y cubiertas.

Compartir la ropa con los pobres es un gesto de intimidad que requiere

delicadeza, discreción y ternura, porque trata directamente del cuerpo del otro, con su singularidad que se cristaliza al máximo en el rostro, que permanece desnudo, descubierto, y que con su vulnerabilidad recuerda la fragilidad de todo el cuerpo, de toda la persona humana, y remite a ella.

Compartir ropa con los pobres -no de la manera impersonal y eficaz de recoger ayuda para enviarla a los pobres del tercer mundo, sino en el encuentro cara a cara con los pobres- se convierte entonces en una narración concreta de la caridad, en una celebración de la gratuidad, un intercambio en el que los que se privan de algo no se empobrecen, sino que se enriquecen con la alegría del encuentro, y los que se benefician del don no se humillan porque el hecho de ser vestidos les introduce en una relación y se sienten acogidos en su necesidad como personas, es decir, en su singularidad, no como receptores anónimos de un cargamento de ropa desechada por los ricos.

En la tradición cristiana occidental, el gesto de vestir al desnudo tiene su expresión más célebre en el episodio en que **Martín de Tours** corta su propia capa para compartirla con un pobre hombre indefenso ante los rigores de un frío invierno. Venancio Fortunato escribe en su Vida de San Martín de Tours: "A un pobre que se encontró en la puerta de Amiens, que se había dirigido a él, Martín le dividió en partes iguales el abrigo de su chlamys y con fe ferviente se lo puso sobre sus miembros temblorosos. El uno toma una parte del frío, el otro toma una parte del calor, entre ambos pobres se dividen el calor y el frío, el frío y el calor se convierten en un nuevo objeto de intercambio y una pobreza basta dividida a dos personas."

A finales del siglo IV, en la zona siríaca, la realización del **rito bautismal** incluía el acto por el que el neófito se despojaba de sus ropas y ropas y las pisaba; la unción de su cuerpo desnudo; la inmersión (siempre en total desnudo) en las aguas bautismales; y, por último, el acto por el cual, tras salir de la pila el recién bautizado se vestía con una túnica blanca. La desnudez gloriosa de Cristo muerto (y en la cruz el condenado estaba en total desnudez para significar su indignidad) y el resucitado viste y protege al recién bautizado que se sabe ahora inmerso en una nueva vida y está "revestido de Cristo": "Bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido"(Gal 3,27). Revestidos de Cristo, en el bautismo, a partir de la

desnudez de su limitada y frágil condición humana, los cristianos se saben inmersos en la misericordia de Dios (Tt 2,4-5), cubiertos y envueltos por ella, de modo que su práctica de la caridad hacia los desnudos y avergonzados, en la impotencia y en la miseria, en la humillación y en la privación de la dignidad, no será más que un reflejo y un testimonio de la misericordia divina.

(Luciano Manicardi)

«Incluso por la ropa, ¿por qué se preocupan tanto? Mirad cómo crecen las flores del campo: no trabajan, no hacen vestidos... ¡y sin embargo os aseguro que ni siquiera Salomón, con toda su riqueza, tuvo jamás un vestido tan hermoso! Así que, si Dios hace que las flores del campo sean tan hermosas hoy y al día siguiente se queman, ¡con más razón les proporcionará a ustedes, gente de poca fe, un vestido! Por eso, no os preocupéis demasiado, diciendo: «¿Qué comeremos?, ¿qué beberemos?, ¿cómo nos vestiremos?». Son otros, los que no conocen a Dios, los que buscan siempre todas estas cosas. Vuestro Padre que está en los cielos sabe que necesitáis todas estas cosas. Buscad, en cambio, el reino de Dios y haced su voluntad: todo lo demás Dios os lo dará».

(Mt 6,28-33)

ORACIÓN

del cardenal Joseph Ratzinger

*Señor Jesús, has sido despojado de tus vestiduras,
expuesto a la deshonra, expulsado de la sociedad.*

Tomaste sobre ti la deshonra de Adán, curándolo.

*Te has vestido con los sufrimientos y necesidades de los pobres,
de los expulsados del mundo.*

*Pero precisamente así das sentido a lo que parece carecer de
sentido. Así nos haces reconocer que tu Padre
te tiene a ti, a nosotros y al mundo en sus manos.*

*Danos un profundo respeto por el hombre en todas las etapas de
su existencia y en todas las situaciones en las que nos encontramos
con él.*

Danos el manto de luz de tu gracia.



ACOGER A LOS PEREGRINOS

Migrantes, refugiados, emigrantes económicos.

El fenómeno que presenciamos es como un maremoto, incontrolable, procedentes del sur y el este del Mediterráneo y que se estrellan contra las costas europeas. Hay quienes apoyan la necesidad de levantar muros y alambradas, escudándose en el alarmismo económico y en fobias infundadas. Otros, en cambio, se esfuerzan por acoger a más seres humanos. Las clases dirigentes, por supuesto, podría decirse, parecen unidas en esta cuestión. Los ciudadanos, en términos genéricos, están divididos en dos facciones opuestas. Este drama ocupará el resto de nuestras vidas. Hay que abordarlo, pues, con especial urgencia y cuidado. Pero sin engañarnos pensando que podemos resolverlo por la fuerza. Si lo intentáramos, lo haríamos inmanejable. Multiplicaríamos las víctimas, no las reduciríamos. No hay atajos militares: bloqueos navales, aéreos o terrestres.

(Lucio Caracciolo).

El drama de los refugiados

«La dramática situación de los refugiados, marcada por el miedo la incomodidad y la incertidumbre, es una triste realidad. Los refugiados huyen cada día del hambre y la guerra, en busca de una vida digna para ellos y sus hijas. Se marchan a tierras lejanas y, cuando encuentran trabajo, no siempre encuentran verdadera aceptación, respeto y aprecio por los valores que llevan consigo. Sus legítimas expectativas chocan con situaciones complejas y dificultades que a veces parecen insuperables, por eso pensamos en el drama de los refugiados víctimas del rechazo y de la explotación, víctimas de la trata de seres humanos y del trabajo esclavo».

(Papa Francisco).

El pobre, el sin techo, el vagabundo, el forastero, el vagabundo, aquel cuya humanidad es humillada por el peso de la carencia y la privación, del rechazo y el abandono, del desinterés y el distanciamiento, comienza a ser aculturado cuando empiezo a sentir su humillación como mía, su vergüenza como mía, cuando empiezo a sentir que la mortificación de su humanidad es mi propia mortificación.

Entonces, sin culpas innecesarias y sin buenos sentimientos hipócritas, puede comenzar la relación de hospitalidad, que me lleva a hacer todo lo que esté en mi mano por la otra persona.

Pero debe quedar claro que **la hospitalidad humaniza** ante todo a quien la ejerce, porque como dice Pierangelo Sequeri: "no ha empezado aún a ser un verdadero hombre quien no ha experimentado piedad por la humanidad herida y envilecida de los demás".(Trento Lungaretti)

No hace falta ser creyente, ni siquiera católico, para sentir admiración por un hombre que se arrodilla ante otros hombres y les lava los pies. El Papa Francisco decidió una vez más este año contrarrestar el triste "espíritu de los tiempos" y visitar el centro de acogida para solicitantes de asilo de Castelnuovo di Porto, en Roma. Aquí se "acoge" a más de 900 personas huidas de guerras, terrorismo, torturas.

Muchos de ellos tienen un color de piel diferente, rezan a un Dios distinto y la mayoría pertenece a la comunidad musulmana. Esos pies a lavar representan la geografía de la desesperación, de la exclusión social, de la anulación de todos los derechos y de la esperanza en el futuro. La "radicalización" de Francisco reside precisamente en haber elegido este lugar y estos pies, y en haberlo hecho mientras a su alrededor resuenan los vientos de la guerra, el terror y el racismo. (Beppe Giuliatti)

En Jesús, Dios vino a pedir hospitalidad a los hombres

Por eso pone como virtud característica del creyente la disposición a acoger al otro en el amor. Quiso nacer en una familia que no tenía alojamiento en Belén (cf. Lc 2,7) y experimentó el exilio en Egipto (cf. Mt 2,14). Jesús, que "no tenía donde reclinar la cabeza" (Mt 8,20), pedía hospitalidad a quienes encontraba. Al enviar a sus discípulos en misión, hace de la hospitalidad, de la que se beneficiarán, un gesto que le concierne personalmente: "El que os acoge a vosotros me acoge a mí, y el que me acoge a mí acoge al que me ha enviado" (Mt 10,40).

La Iglesia reafirma que la acogida solidaria de los que están en dificultad es un signo distintivo de la fe. (Juan Pablo II 1999)

Hace tiempo que nos hemos convertido en una sociedad multi-cultural. Por supuesto, también hay problemas para comprender e integrar a los extranjeros. Y existen límites en una sociedad a la hora de acoger a los extranjeros. Sin embargo, como cristianos, debemos preguntarnos hasta qué punto, hoy en día, respondemos a la exhortación de Jesús sobre la

hospitalidad y lo que Cristo nos diría hoy. La Palabra de Jesús es un desafío constante para nosotros y no debemos descartarla inmediatamente con racionalidad. Es un impulso que debe estar presente en todos nuestros debates sobre la integración y la acogida de los extranjeros en nuestra sociedad. No debemos esperar a que la política se encargue de la integración.
(P. Adolfo Antonelli)

La parábola por excelencia que nos ofrece el modelo de acogida y hospitalidad es la del **Buen Samaritano** (Lc 10,29-37): un hombre extraordinariamente discriminado socialmente acude en ayuda de un hombre -potencialmente enemigo- que ha sido víctima de un atentado, lo cura y lo lleva a una posada, donde recibe acogida y refresco. Acoger significa dar al otro un lugar en la propia tierra, en la propia vida, en la propia mente, en el propio corazón; significa darle «derecho a estar», ocuparse de él, de su necesidad de sentirse vivo, amado y protegido. Al fin y al cabo, un hombre sin hogar es un hombre que busca "familia". Jesús no sólo se hace prójimo de quienes son considerados extraños y marginados, sino que él mismo es el Huésped de nuestra historia. Es decir, de nuestra vida. Su historia en la tierra es todo un viaje: viene del seno del Padre (Lc 1,34-38) y en las etapas de su viaje terrenal muestra a todos la patria a la que estamos destinados.

Por eso nos llama a seguirlo. Y cuando afirma que los suyos están en el mundo pero no son del mundo (Juan 17), llama al hombre a su ser último, a su ser peregrino en esta tierra. Peregrino es el ser humano en su viaje a través de la vida y la muerte, hacia el Otro y hacia sí mismo, para redescubrir su humanidad más genuina. (+Bruno Forte)

ORACIÓN

Dios, Padre misericordioso, que nos has revelado tu amor infinito en tu Hijo Jesucristo, hecho hombre por nosotros, concédenos experimentar tan profundamente tu misericordia para que nosotros mismos nos convirtamos en testigos y agentes de misericordia para todos aquellos a quienes Tú nos envías y nos confías. Y que María, Madre de misericordia, interceda por nosotros, para ayudarnos a vivir las obras de misericordia con fe y corazón generoso, dóciles a la acción del Espíritu Santo, sople de Amor eterno. Amén.

+ Bruno Forte Arzobispo de Chieti-Vasto



VISITAR A LOS ENFERMOS

Entre las siete obras de misericordia corporales, «visitar a los enfermos» adquiere un significado muy especial, ya que estar cerca a los que sufren es una forma profunda y emblemática de acercarse -en palabras del Papa Francisco- a la carne viva y dolorida de Cristo Jesús.

La referencia evangélica más próxima es la parábola del **“Buen samaritano”** (Lc 10, 25-37), ícono de Jesús, que tomó sobre sí nuestras debilidades redimiéndonos del pecado, de la muerte y de sus consecuencias, de las que el sufrimiento en todas sus formas -en la lectura bíblica- son el signo. Ícono de Jesús y al mismo tiempo -como las demás obras de misericordia- signo creíble de encarnación y discernimiento de la autenticidad de la profesión personal de fe en el Crucificado resucitado y de amor a Dios y al prójimo, especialmente a los débiles, a los pobres, a los que sufren (1Jn 3,23-24).

Además, al visitar a los enfermos según el corazón de Cristo Jesús, nos asimila a Él y, como Él, se pone el delantal al servicio de los que sufren. Nos asimila a Él como «Christus medicus» de almas y cuerpos.

Un hombre bajaba de Jerusalén hacia Jericó cuando se encontró con unos ladrones. Le quitaron todo, le golpearon con un palo y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad pasó por allí un sacerdote; vio al herido, cruzó al otro lado del camino y siguió adelante. También pasó por allí un levita del Templo; lo vio, pasó de largo y siguió adelante. Por otra parte, un hombre de Samaria, que iba por el camino, pasó junto a él, lo vio y se compadeció de él. Se acercó a él, derramó aceite y vino sobre sus heridas y se las vendó. Luego lo cargó en su asno, lo llevó a una posada e hizo cuanto pudo por ayudarlo. Al día siguiente sacó dos monedas de plata, se las dio al posadero y le dijo: "Cuida de él y, si gastas más, te pagaré cuando vuelva."

En el diálogo entre Jesús y el doctor de la ley, ambos están de acuerdo en que el amor a Dios y al prójimo es la condición necesaria para heredar la vida eterna. La cuestión se vuelve más delicada cuando se

trata de decidir **“quién es mi prójimo”**. Y para explicarlo, Jesús cuenta la parábola. Ve, se detiene, siente compasión. Es decir, se siente implicado. Compasión, pues, no como mera emoción, sino como acción que produce el cuidado del otro. Por eso, Jesús invita al doctor de la ley -y a nosotros hoy- a entrar en la lógica de la parábola. A actuar como el samaritano. A preguntarse no tanto «quién es mi prójimo» (como si yo pudiera elegir a quién ayudar), sino **“con quién es debo ser prójimo”** (y, por tanto, con todos, empezando por los que están cerca de mí). Ese buen samaritano es Jesús. Es Él quien, al pasar por el camino de la historia, se dio cuenta de lo mal que estaba la humanidad. Se acercó a nosotros hasta hacerse uno de nosotros, el Hombre. Tomó sobre sus hombros nuestras vidas, tan maltratadas por el pecado. Se hizo cargo. Y a partir de Jesús, cada uno de nosotros está llamado hoy a «hacer lo mismo». Cada comunidad cristiana está llamada a «hacer lo mismo». Aunque sólo sea porque Jesús lo hizo por nosotros: «Nosotros amamos porque Él nos amó primero» (1 Jn 4,19). Amar al prójimo es amar a Dios mismo. (Parroquia de Santa María de la Asunción - Bibione)

Así pues, la expresión "visitar a los enfermos" conlleva al menos tres significaciones más. En primer lugar, el verbo "visitar" se refiere al hecho concreto de **hacerse presente para el otro**, no con palabras, sino con obras, incluso y sobre todo cuando cuesta sacrificio, considerando lo que decía la Beata Madre Teresa de Calcuta -icono predilecto del Papa Bergoglio en el Año Jubilar de la misericordia- sobre todo gesto de caridad hacia el prójimo que, si no cuesta dinero, corre el riesgo de valer muy poco a los ojos de Dios.

En segundo lugar, "visitar" también habla de una no-episodicidad de la misericordia, en el sentido de que no se detiene en el único acto caritativo, sino que busca, de todas las maneras posibles, **continuidad, sistematicidad**, organización, como demuestra la parábola antes mencionada. De hecho, el buen samaritano no sólo presta los primeros auxilios, sino que se hace cargo del desafortunado enfermo trasladándolo a un lugar donde pueda ser atendido, pagando de su propio bolsillo y comprometiéndose a seguir estando presente.

Por último: visitar significa **creatividad en la presencia operante**: presencia, tacto, palabra, mirada, oración. Por último, el término "enfermo" implica al menos dos aspectos. El primero: la enfermedad no se limita a lo físico, sino también a lo psicológico, espiritual y moral. Por el contrario, estos niveles se entrecruzan a menudo, lo que exige un enfoque "holístico" (= global - ed.) según un discernimiento que lleve a identificar las vías más adecuadas para responder a las necesidades de la persona que sufre.

El segundo aspecto: el enfermo es imagen del *Christus patiens* (Cristo sufriente), cualquiera que sea la clase social y económica, la nacionalidad, la fe religiosa, la cosmovisión. En última instancia, por tanto, «visitar a los enfermos» se revela como una confirmación del realismo cristiano, que mira a la realidad del hombre en su totalidad y plenitud como valor eminente, en una clave de lectura que, partiendo de la inmanencia de la condición humana y del dolor y el sufrimiento, vuelve la mirada hacia el origen trascendente y la plenitud del hombre. (Dario Sacchini)

Benedicto XVI que en "*Spe salvi*" (nn. 35-40) presenta la actuación y el sufrimiento como lugares de aprendizaje de la esperanza, en los que el sufrimiento aceptado y ofrecido es un milagro de amor, dice: "Me gustaría añadir una pequeña nota más que no es del todo irrelevante para los acontecimientos cotidianos. Se trataba de una forma de devoción, la idea de poder "ofrecer" los pequeños trabajos de la vida cotidiana, que siempre nos parecen dolores más o menos molestos, dándoles así un sentido. ¿Qué significa "ofrecer"? Estas personas estaban convencidas de que podían insertar sus pequeños trabajos en la gran compasión de Cristo, convirtiéndose así de alguna manera en parte del tesoro de compasión que la humanidad necesita. Tal vez deberíamos preguntarnos realmente si tal cosa no podría convertirse también para nosotros en una perspectiva sensata"(40).

¿No son los sufrimientos aceptados y ofrecidos, compartidos sincera y gratuitamente, milagros de amor? (Don Gino Oliosi).

ORACIÓN

*Oh Cristo, médico de cuerpos y almas
vela por nuestro hermano enfermo y doliente
y, como el buen samaritano, derrama sobre sus heridas
el aceite del consuelo y el vino de la esperanza.
Por la gracia sanadora de tu Espíritu
ilumina la difícil experiencia de la enfermedad y el
dolor, para que, elevado en cuerpo y alma
únenos a todos en acción de gracias
al Padre de las misericordias.
Tú vives y reinas por los siglos de los siglos.*



VISITAR AL PRESO

Sí la historia de la violencia del hombre, un mal tan profundo, tan real, comienza con Caín concluye en la Cruz. Para triunfar no hay más que la muerte de Dios. Y si Jesús muere, lo hace entre dos criminales. Uno sale divinamente, pasa de la derrota a la victoria absoluta, salvado primero por la muerte de Cristo. El otro persistirá en su rechazo de la gracia ofrecida. Para comprender la obra de misericordia hacia los presos, debemos partir de aquella enseñanza de Jesús cuando cuenta la oración del publicano y del fariseo (Lc.18,9-14).

Había una vez dos hombres: uno era fariseo y el otro recaudador de impuestos. Un día subieron al Templo a rezar. El fariseo se puso de pie y oró para sí: «Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, tramposos, adúlteros. Soy diferente incluso de aquel recaudador de impuestos. Ayuno dos veces por semana y ofrezco al Templo la décima parte de lo que gano».

El recaudador de impuestos, en cambio, se quedó atrás y ni siquiera levantó la vista. Al contrario, se golpeó el pecho y dijo: «¡Oh Dios, ten piedad de mí, que soy un pobre pecador! Te aseguro que el recaudador de impuestos se fue a casa perdonado; el otro, no. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

La parábola comienza destacando el hecho de que "ser justo" nunca es una condición nativa de la persona humana; de hecho, el cristiano nunca es justo ante Dios. El exceso de confianza en la propia inocencia, sobre todo cuando tiene como implicación práctica una actitud enjuiciadora e intolerante hacia el prójimo y sus errores, es algo que debería hacer reflexionar. El cristiano no se configura como un hombre "justo", sino como un hombre reconciliado, perdonado, justificado por Dios. Por eso esta parábola muestra este "cuadro" entre dos modelos: el hombre que defiende su justicia personal, que Dios no valida, y el hombre que se rinde ante la misericordia de Dios y es justificado.

El caso: **Historia de Jacques Fesch**

El mundo carcelario es, por su propia naturaleza, triste; y sin embargo, el mal, tanto físico como moral, puede convertirse en la ocasión de un serio replanteamiento de la vida. Este ha sido el caso de muchos. Pienso en la historia de Jacques Fesch, un joven ladrón y asesino de nuestro tiempo, que nació en 1930 y acabó en la guillotina el 1 de octubre de 1957 por matar a un policía en París. Jaques, en régimen de aislamiento, hizo un largo repaso de su vida y poco a poco redescubrió su fe. Leyó mucho, sobre todo los Evangelios, hasta que conoció a la joven carmelita Teresa de Lisieux, que fue su guía espiritual hasta el día de su ejecución. Escribió cartas muy tiernas a su compañera Pierrette, de la que tuvo una hija, Veronique, y con la que se casó pocos días antes de su muerte. Durante los años que duró el proceso, tuvo ocasión de encontrarse con Cristo, que en la soledad de la celda podía hablar quizá con más claridad que en cualquier otro lugar: «También a ti te han llevado adonde no hubieras querido ir», escribió en su diario, pensando en Jesús. A los pies del Crucificado aprendió, como escribió, «a aceptar la cruz, que poco a poco se convertirá en luz; a ofrecer el propio sufrimiento y las injusticias de las que uno es víctima; a amar a los que nos azotan. Y así un día me oí decir como el buen ladrón crucificado: 'En verdad te digo que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso'». «La gracia me ha visitado -concluyó- y una gran alegría se ha apoderado de mí, y sobre todo una gran paz..... Es la primera vez que lloro lágrimas de alegría, teniendo la certeza de que Dios me ha perdonado». La última noche de su vida, entre el 30 de septiembre y el 1 de octubre de 1957, escribió una carta muy conmovedora a su hijita «para cuando sea una mujer»: «¡Qué guapa eres, Veronique! Luego llegó su fin terrenal, acogido con paz: «Último día de lucha: ¡mañana a esta hora estaré en el cielo! Confío en el amor de Jesús y sé que encargará a sus ángeles que me tomen en sus manos». La guillotina que le cortó la cabeza en realidad le liberó como se libera a una mariposa de la crisálida. Ahora se habla incluso de un proceso de beatificación para él. Con Dios, uno puede incluso convertir una celda de aislamiento en una pequeña iglesia, una existencia equivocada en un camino de santidad, ¡una cuchilla de guillotina en un halo de luz!

El testimonio: **Don Giuseppe Cafasso (1811-1860)**

Confesor de Don Bosco, Don Cafasso se dedicó a los últimos y a los presos. El Papa Benedicto dijo de él: «Conocía la teología moral, pero también las situaciones y los corazones de las personas, cuyo bien asumía como el buen pastor. Los que tuvieron la gracia de estar cerca de

él se transformaron en buenos pastores y buenos confesores. Señalaba claramente a todos los sacerdotes la santidad que hay que alcanzar precisamente en el ministerio pastoral. Era asiduo visitante de las cárceles senatoriales, hasta el punto de permanecer en ellas hasta altas horas de la noche, a veces toda la noche. Llevaba cigarros y rapé, en lugar de la cal que los reclusos raspaban de las paredes; pero sobre todo llevaba a la conversión a ladrones y asesinos atroces. Eran arrepentimientos lentos y atormentados; otras veces, eran conversiones inmediatas, que se producían incluso momentos antes de la horca. El Papa Benedicto XVI aún dijo de él: «Desde su cátedra de teología moral enseñaba a ser buenos confesores y directores espirituales, preocupados por el verdadero bien espiritual de la persona, animados de un gran equilibrio para hacer sentir la misericordia de Dios y, al mismo tiempo, de un agudoy vivo sentido del pecado».

Hermanos, hermanas de la cárcel: el jubileo, que nos hace encontrar a un Padre que perdona y consuela, puede obrar milagros para todos y con todos. "Incluso el tiempo pasado en la cárcel -escribe el Papa- es el tiempo de Dios y debe ser vivido como tal. Es un tiempo que debe ser ofrecido a Dios como ocasión de verdad, de humildad, de expiación, de fe. La experiencia jubilar, aunque sea en la cárcel, puede conducir a horizontes humanos y espirituales insospechados". (Cardenal Gualtiero Bassetti, Arzobispo de Perugia).

ORACIÓN de Pablo VI

*Tú nos eres necesario, oh Redentor nuestro
para descubrir nuestra miseria y sanarla
para tener el concepto del bien y del mal y la esperanza de la santidad;
para arrepentirnos de nuestros pecados,
especialmente cuando las víctimas son niños,
y tener su perdón.*

*Te necesitamos, oh gran paciente de nuestros dolores,
para conocer el sentido del sufrimiento, de la explotación, de la
violencia, y darle un valor de expiación y de redención.*

*Te necesitamos, oh Cristo, oh Señor, oh Dios con nosotros,
para caminar en la alegría y la fuerza de tu caridad
hasta el encuentro final contigo amado, contigo esperado,
contigo bendito por los siglos de los siglos. Amén.*



ENTERRAR A LOS MUERTOS

Ni siquiera esta última obra de misericordia corporal es tan sencilla y obvia como uno estaría tentado de pensar. Las víctimas del odio y guerras, innumerables seres humanos permanecen en la tierra como cadáveres. Tal vez, ni siquiera nos conmuevan. Las intervenciones responden más a preocupaciones higiénicas o médicas que a motivos de compasión. Sin embargo, tengo la im-presión de que el acontecimiento más seguro de nuestra vida, su conclusión, navega en malas aguas en nuestros días, despojado del misterio y la seriedad que merece. De hecho, la actitud hacia **"nuestra hermana la muerte"** –como lo llamaba San Francisco- hoy es de un miedo tremendo. Se elimina la idea misma. No se habla de ello. Decimos, de manera impersonal, que "morimos", pero no consideramos seriamente que un día también nosotros moriremos. Es un problema de los demás. (Valentino Salvoldi)

«**Continúa la matanza silenciosa en el Mediterráneo**, en 2015 las muertes se duplicaron con creces con respecto a 2014: de 1600 a más de 3200. Las muertes de niños, olvidados, continúan: más de 700 desde principios de año». Así lo denuncia el director general de la Fundación Migrantes, monseñor Gian Carlo Perego. Pero dejemos la palabra al **Papa Francisco**:

¿Quién es responsable? ¡Todos y nadie!

«Incluso hoy surge con fuerza esta pregunta: ¿Quién es responsable de la sangre de estos hermanos y hermanas? Nadie. Todos respondemos así: no soy yo, no tengo nada que ver, serán otros, ciertamente no yo. Pero Dios nos pregunta a cada uno de nosotros: «¿Dónde está la sangre de tu hermano que clama a mí?». Hoy, nadie en el mundo se siente responsable de esto; hemos perdido el sentido de la responsabilidad fraterna; hemos caído en la actitud hipócrita del sacerdote y del monaguillo, de la que hablaba Jesús en la parábola del buen samaritano: miramos a nuestro hermano medio muerto al borde del camino, tal vez pensamos "pobrecito", y seguimos nuestro camino, no es nuestro trabajo; y con esto nos tranquilizamos, nos sentimos bien. La cultura del bienestar, que nos lleva a pensar en nosotros mismos, nos hace insensibles a los gritos de los

demás, nos hace vivir en pompas de jabón, que son bonitas, pero no son nada, son la ilusión de lo fútil, de lo temporal, que conduce a la indiferencia hacia los demás, de hecho conduce a la globalización de la indiferencia. En este mundo de globalización, hemos caído en la globalización de la indiferencia.

Nos hemos acostumbrado al sufrimiento del otro, ¡no nos concierne, no es asunto nuestro!

Adán, ¿dónde estás? Caín, ¿dónde está tu hermano?

Éstas son las dos preguntas que Dios hace al comienzo de la historia de la humanidad y que hace también a todos los hombres de nuestro tiempo, incluidos nosotros. Pero quisiera que nos hiciéramos una tercera pregunta: «¿Quién de nosotros ha llorado por este hecho y por hechos semejantes? ¿Quién ha llorado por la muerte de estos hermanos y hermanas? ¿Quién ha llorado por estas personas que iban en el barco? ¿Por las jóvenes madres que llevaban a sus hijos? ¿Por estos hombres que querían algo para mantener a sus familias? Somos una sociedad que ha olvidado la experiencia de llorar, de «sufrir con»: ¡la globalización de la indiferencia nos ha robado la capacidad de llorar! Herodes sembró la muerte para defender su propio bienestar, su propia pompa de jabón. Y esto se repite... Pidamos al Señor que borre lo que queda de Herodes también en nuestros corazones; pidamos al Señor la gracia de llorar nuestra indiferencia, de llorar la crueldad en el mundo, en nosotros, incluso en quienes en el anonimato toman decisiones socioeconómicas que allanan el camino a dramas como éste. «¿Quién ha llorado?» ¿Quién ha llorado en el mundo de hoy?" (De la homilía del Papa Francisco en Lampedusa, 8 de julio de 2013.)

No tendrán mi odio

El amor es más fuerte que el odio. Y la vida más fuerte que la muerte. Uno se da cuenta de ello una vez más al leer el conmovedor post escrito en su página de Facebook por Antonie Leiris, la pareja de una de las 89 víctimas del teatro Bataclan de París.

«El viernes por la noche robasteis la vida de una persona excepcional, el amor de mi vida, la madre de mi hijo, pero no tendréis mi odio. No sé quiénes sois y ni siquiera quiero saberlo. Sois almas muertas. Si ese Dios por el que matáis ciegamente nos ha hecho a su imagen, cada bala en el cuerpo de mi mujer habrá sido una herida en su corazón. Por eso no os regalaré el odio. Sería ceder a la misma ignorancia que hizo que los ha

convertido en lo que son. Ustedes quieren que yo tenga miedo, que mire a mis conciudadanos con desconfianza, que sacrifique mi libertad por seguridad. Pero la suya es una batalla perdida. Te he visto esta mañana. Por fin, tras noches y días de espera. Estaba tan hermosa como cuando se fue el viernes por la noche, tan hermosa como cuando me enamoré perdidamente de ella hace más de 12 años. Obviamente devastado por la pena, le concedo esta pequeña victoria, pero será efímera. Sé que ella acompañará nuestros días y que volveremos a encontrarnos en ese paraíso de almas libres en el que tú nunca entrarás. Quedamos dos, mi hijo y yo, pero somos más fuertes que todos los ejércitos del mundo. No tengo más tiempo para ti, debo ir a ver a Melvil que está despertando de su siesta. Sólo tiene 17 meses y merendará como todos los días y luego jugaremos juntos, como todos los días, y durante el resto de su vida este petit garçon te hará la afrenta de ser libre y feliz. Porque no, nunca tendréis su odio». (Massimo Gramellini)

Esta séptima meditación concluye las obras de misericordia corporal

Podemos resumirlas diciendo que son las obras de caridad, la primera de las cuales es purificar nuestro amor, es decir, amar de verdad. Sin olvidar que el verdadero amor se traduce en gestos concretos: estamos llamados a recordar que somos amor y que, amando, nos transformamos en Amor. Por eso la muerte no tendrá la última palabra sobre nosotros. Una tumba es demasiado pequeña para contener nuestro amor. Resucitaremos.

ORACIÓN de Sor Anna Maria Canopi

*Quédate con nosotros, Señor Jesús
porque sin ti nuestro camino se hundiría en la oscuridad de la noche.
Quédate con nosotros, Señor Jesús
para conducirnos por los caminos de la esperanza que no muere
y aliméntanos con el pan de los fuertes, que es tu Palabra.
Quédate con nosotros, Señor
hasta la última noche, cuando, habiendo cerrado los ojos,
los abriremos de nuevo a tu rostro transfigurado de gloria
y también nosotros nos encontraremos en los brazos del Padre, en el
Reino del esplendor eterno. Amén.*



ACONSEJAR A LOS QUE DUDAN

En las Escrituras se nos presentan muchos ejemplos de duda. Recordemos, por ejemplo, la duda de **Zacarías** ante el anuncio del ángel en el templo: "¿Cómo puedo saber esto? Soy viejo y mi mujer es de edad avanzada". (Lc 1,18). A esta duda se opone la duda "buena" de **María**: "¿Cómo es posible? No conozco varón". (Lc 1,34). También recordamos el episodio de **Nicodemo**, que visita a Jesús por la noche para resolver su duda: "¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?" (Jn 3,4), "...¿cómo puede suceder esto?" (Jn 3,9), así como el joven rico que pregunta al Señor "¿Qué debo hacer para tener vida eterna?", o el recuerdo que hace el evangelista Mateo del último encuentro de Jesús con sus discípulos al final de su Evangelio: "Los once discípulos fueron a Galilea, al monte que Jesús les había señalado. Cuando le vieron, se postraron ante él; pero algunos dudaban". (Mt 28, 16-17).

Muy conocido es entonces el episodio de **Tomás**, en el que la duda se expresa además con fuerza, casi como un acto de desafío provocador: "... Si no veo" (Jn 20,24-29). En este caso me gusta mucho la actitud de Jesús, que no rehúye la duda de Tomás, sino que se somete a su petición de verificación, casi como avalándola. Incluso nuestras dudas ante situaciones incomprensibles e inaceptables, como una enfermedad incurable, la muerte de un joven, el dominio aparentemente indiscutible de la violencia, la injusticia, encuentran gran relieve en el Evangelio.

Pero la duda más llamativa es que lo que captamos en **el grito del Señor en la cruz**: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", donde comprendemos que, ante el desafío último de la muerte, incluso Jesús, en su naturaleza humana, también por su profunda cercanía y participación en el drama del hombre, se sumerge en la niebla densa y profunda de la duda. Así pues, más que una negación de la fe, la duda puede entenderse como algo inherente a la estructura misma de la fe en el Dios de Israel que se manifiesta en la historia y que se reveló en la humanidad de Jesús de Nazaret.

Por estas razones, creo que ante todo no hay que juzgar al que duda, sino **querido, acogido y escuchado** con gran respeto y cuidado. Para tener la fuerza de hacerlo, tengamos presente la misericordia de Dios hacia nuestras dudas y nuestros muchos interrogantes, y pidámonos a nosotros mismos que afrontemos las dudas de los demás con la misma misericordia y humildad. Pero también nosotros, los creyentes, debemos tener cuidado: porque el creyente no es poseedor de la verdad, sino que permanece siempre en busca de ella, aunque la conozca y la confiese. Quien quiera dar un buen consejo debe mostrar ante todo cercanía, amor y respeto hacia la persona que pide ayuda. Así era Jesús: cercano a los discípulos, a los enfermos, a los que sufren, a los pecadores.

Vivimos en una cultura que exaspera el individualismo y a veces el capricho personal. Por eso, aconsejar al que duda es visto con recelo en una cultura donde reina el relativismo. Además, todos sabemos que si nuestro consejo no va precedido de una **reflexión seria y también mediante la oración**, corre fácilmente el riesgo de convertirse en una manipulación, pero al mismo tiempo somos conscientes de que dar consejos esclarecedores puede resultar un valor inestimable para la vida. En este ejercicio de caridad moral debemos encontrar el camino justo, la medida. «Saciando la sed de verdad del que duda, con sabios consejos que vienen del Señor, habrás cavado para él un pozo de agua fresca». Sabemos que hoy en día muchas personas, a causa de la complejidad de la vida y de las dificultades para leerla e interpretarla, recurren a adivinos, lectores de manos y cartas del tarot, a la astrología y a los horóscopos. Esto no hace sino confirmar la gran sensación de desconcierto e incertidumbre de nuestro tiempo, junto con la necesidad de encontrar una ayuda verdadera y eficaz.

El Consejo

El Consejo, con C mayúscula, es uno de los siete dones del Espíritu Santo. El Espíritu de Consejo, como sabemos, es el que ilumina nuestros corazones para que comprendamos la manera correcta de hablar y de comportarnos y el camino a seguir. Es el que nos da la capacidad de leer la vida y especialmente los acontecimientos más difíciles y aparentemente desesperados con los ojos de Dios. Esta capacidad, este poder, no procede de nosotros, sino que es un don que Dios pone generosamente a nuestra disposición: basta con abrir el corazón para recibirlo. Así pues, la primera y fundamental indicación se refiere a la importancia de pedir el poder del Consejo para poder comprender cómo se sitúa Dios ante la situación sobre la que se nos pide consejo.

¿Qué diría Jesús ahora ¿Cuál es tu lectura de la situación que se nos presenta? Creo que cuanto más vivamos en unión con Dios, cuanto más nos dejemos in-terrogar y moldear por su Palabra, más nos nutriremos de Él, más podremos vivir en sintonía con la verdad y la justicia, y más podremos también leer en lo profundo del corazón de las personas y en la complejidad de las situaciones para decir una palabra buena y útil a quienes nos la pidan. (Massimo Papotti)

Un episodio sobre el consejo de los escépticos relatado por el Papa Francisco: "Recuerdo que una vez, en el santuario de Luján, estaba en el confesionario, delante del cual había una larga cola. Había también un chico joven que era todo moderno, con aros, tatuajes, todas estas cosas... Y vino a contarme lo que le pasaba. Era un problema grande y difícil. Y me dijo: Le conté todo esto a mi mamá y mi mamá me dijo: **acude a la Virgen** y ella te dirá lo que debes hacer. He aquí una mujer que tenía el don del consejo. No sabía cómo salir del problema de su hijo, pero le indicó el camino correcto: acude a la Virgen y ella te lo dirá. Ese es el don del consejo. Aquella mujer humilde y sencilla dio a su hijo el consejo más verdadero. De hecho, este muchacho me dijo: miré a la Virgen y sentí que debía hacer esto, esto y esto... No tuve que hablar, su madre y el propio chico ya lo habían dicho todo. Este es el don del consejo. Vosotras, madres, que tenéis este don, pedidlo para vuestros hijos. El don de aconsejar a los hijos es un don de Dios".

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Ven, Espíritu Santo

Envíanos desde el cielo un rayo de tu luz.

Ven, Padre de los pobres, ven, dador de dones, ven, luz de los corazones. Consolador perfecto; dulce huésped del alma, dulce alivio.

En el trabajo, descanso, en el calor refugio, en el llanto consuelo.

Oh luz benditísima, invade interiormente los corazones de tus fieles.

Sin tu fuerza nada hay en el hombre, nada sin culpa.

Lava lo sórdido, baña lo árido, cura lo que sangra. Dobla lo rígido, calienta lo helado, endereza lo extraviado. Concede a tus fieles que sólo en ti confían tus santos dones.

Concede la virtud y la recompensa, concede la muerte santa, concede la alegría eterna. Amén



ENSEÑAR A LOS QUE NO SABEN

«**T**e agradezco, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y se las has dado a conocer a los pequeños. Sí, Padre, así lo has querido. Y volvió a decir: El Padre lo ha puesto todo en mis manos. Nadie conoce al Hijo, sino el Padre. Nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo se lo da a conocer. Venid conmigo todos los que estáis cansados y agobiados: yo os daré descanso. Recibid mis palabras y sed enseñados por mí. No trato a nadie con violencia y soy bueno con todos. Encontraréis la paz, porque lo que os mando es para vuestro bien, lo que os doy para llevar es una carga ligera». (Matteo, 11)

Para dejarse enseñar, hay que ponerse en el lugar de los pequeños de los que habla Jesús en el Evangelio, colocándose en actitud de abandono, de confianza en el maestro.

«A diferencia de las obras de misericordia corporal, en las que (normalmente, si no siempre) el que da de comer no tiene hambre y el que pasa hambre no está en condiciones de dar de comer, aquí el bienhechor y el beneficiario no se distinguen propiamente. De hecho, es una buena norma no distinguirlos en absoluto: **todos somos destinatarios de estas «obras»**. Por eso es bueno que cada uno de nosotros se considere a la vez "instructor" e "ignorante", sabio consejero y escéptico, defensor de la justicia y pecador, etc.» (Card. Giacomo Biffi)

- El 16% de la población mundial no sabe leer ni escribir; 67 millones son niños, en su mayoría niñas, de entre 5 y 9 años.
- 72 millones de niños y 71 millones de adolescentes siguen sin tener acceso a una escuela.
- En todo el mundo, 759 millones de adultos no saben leer ni escribir. En dos tercios de los casos, se trata de mujeres.
- La difícil situación de más de un millón de niños sirios sin escuela.

Algunos sostienen que esta obra de misericordia está un poco fuera de lugar en la época en que vivimos, la época de Internet, la época

en que casi todas las formas de conocimiento parecen estar al alcance del ratón. No cabe duda de que **en la época de Google** el acceso a la información ha alcanzado un nivel de facilidad nunca antes experimentado en la historia de la humanidad (al menos de la llamada «conectada»), pero todos nos damos cuenta de que una cosa es tener información y otra muy distinta conocer, es decir, cambiar nuestra forma de ver e interactuar con el mundo. Una experiencia, la de conocer, que el gran Agustín de Hipona vinculó al amor, para decir que sin alguna forma de atracción, de pasión, de transporte, de cambio, no puede haber verdadero conocimiento. (Don Roberto D'Avanzo)

La extraña condición del hombre actual es que lo sabe todo menos las cosas que importan, que realiza las investigaciones más complicadas y es **mudo ante las cuestiones fundamentales** e y más simples, que es capaz de ir a recoger rocas lunares y no puede decirse a sí mismo qué ha venido a hacer a la tierra. Ignorante en cuanto al sentido de nuestro mismo vivir; ignorante en cuanto al destino que en última instancia nos aguarda; ignorante en cuanto a si nuestra venida a la existencia tiene como premisa y razón un designio de amor o un ciego azar: he aquí la noche absurda que objetivamente pide ser iluminada. El primer y mayor acto de caridad que se puede realizar con el hombre es decirle cómo son las cosas. Lo que significa también revelar su verdadera identidad. Esta es la primera misericordia que la Iglesia ejerce -debe ejercer- hacia la familia humana: el anuncio incansable de la verdad. (Cardenal Giacomo Biffi)

Plutarco, filósofo griego que vivió al comienzo de la era cristiana, decía: "**el maestro** no es el que llena un saco, sino el que enciende llamas", para decir que enseñar es ampliar horizontes, desencadenar intereses inmensos, abrir bien los ojos a la belleza ilimitada de la realidad.

El hombre de hoy suele tener muchos conocimientos, pero poca sabiduría. La **sabiduría** le dice cómo usar bien los medios del mundo, le ofrece criterios morales sólidos. ¡Cuántas personas ignoran tales principios y, en consecuencia, son prisioneros de los pecados, de las pasiones, del egoísmo, y no pocas veces también de la droga, del alcohol, de la pornografía, del crimen organizado, etc...! Más aún: cuántas personas viven hoy en la ignorancia de Dios: la pobreza más devastadora y destructiva. Vivir sin Dios, de hecho, significa vivir sin punto de referencia, sin luz, sin esperanza. Cuántas personas, aunque bautizadas, no conocen la fe, ni la oración, ni los sacramentos. (Hermann Geissler F.S.O.)

Una encuesta muestra que el 69% de los italianos no ha leído nunca los cuatro van-geles, que sólo el 15% los ha leído al menos una vez en su vida, lo que deja consternado a cualquiera que se preocupe por la calidad de la vida cristiana y la transmisión de la fe a las nuevas generaciones. Las cifras son especialmente asombrosas si se tiene en cuenta que la mayoría de estas personas se declaran "creyentes" y que el 17% son también creyentes practicantes.

La Iglesia «exhorta con fuerza e insistencia a todos los fieles a aprender "el conocimiento su-blime de Jesucristo" (Flp 3,8) mediante la lectura frecuente de las divinas Escrituras. Porque la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo», como dice San Jerónimo. (Catecismo de la Iglesia Católica 133)

«**Dios mismo es el primer educador** que se reveló a nosotros, criaturas, que ignorábamos la esencia íntima de su vida trinitaria: «Agradó a Dios en su bondad y sabiduría revelarse en persona y manifestar el misterio de su voluntad, por la cual los hombres, por medio de él, se hicieron carne, tener acceso al Padre en el Espíritu Santo. En efecto, por medio de esta revelación, el Dios invisible habla a los hombres como a amigos, para invitarlos y admitirlos a la comunión consigo mismo». (Dei Verbum, Concilio Vaticano II)

ORACIÓN (Sab 9,1-6. 9-11)

Dios de los padres y Señor de misericordia, que has creado todas las cosas por tu palabra, que por tu sabiduría has formado al hombre, para que gobiernes sobre las criaturas que has hecho, y gobiernes el mundo con santidad y justicia, y pronuncies juicios con mente recta, dame la sabiduría, que se sienta junto a ti en el trono, y no me excluyas del número de tus hijos, pues soy tu siervo e hijo de tu esclava, un hombre débil y de corta vida, incapaz de comprender la justicia y las leyes.

Incluso el más perfecto de los hombres, privado de tu sabiduría, sería considerado una nada. Contigo está la sabiduría que conoce tus obras, que estaba presente cuando creaste el mundo; sabe lo que es agradable a tus ojos y lo que está de acuerdo con tus decretos. Envíala desde los santos cielos, desde tu trono glorioso, para que me asista y me acompañe en mi trabajo, y para que conozca lo que te agrada.



CORREGIR A LOS QUE SE EQUIVOCAN

«**C**ómo puedes decir a tu hermano: déjame sacar la paja de tu ojo, mientras en tu ojo está la viga?». (Mt 7,4).

Corregir a los que se equivocan es una acción delicadísima que requiere mucha humildad y mucho amor para no convertirse en un acto inadmisibles de intromisión en la vida de los demás.

Corregir a los que se equivocan debe hacerse como cuando vestimos a un pobre porque lo vemos en su desnudez y sentimos verdadera compasión por él. Entonces lo vestimos en el Nombre de Cristo, con amor, sin preguntarle por qué estaba desnudo... esa pregunta la tiene que hacer Dios como cuando le preguntó a Adán: "¿y quién te dijo que estabas desnudo?". Cuando Adán cometió su primer pecado se dio cuenta por primera vez de que estaba desnudo. Dios le preguntó: «¿Dónde estás?». Respondió: «Oí tus pasos en el jardín; tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí». Y continuó: "¿Quién te hizo saber que estabas desnudo?" (Gen.3:1-22). Amonestar al pecador es advertirle de los pecados que comete y, por tanto, de su desnudez. (Lucetta Scaraffia)

"Pecadores" y "corregir" son dos palabras duras para nuestros oídos. El Papa Francisco dice a menudo que es un pecador. Todos nosotros somos pecadores. Pero tantas personas de nuestro tiempo no comparten esta afirmación, no se consideran pecadores, sino justos, con algún pequeño defecto "humano".

El sentido del pecado ha desaparecido en muchos corazones. Es una consecuencia lógica de la desaparición del sentido de Dios. Pío XII ya dijo en los años 50 que "el pecado del siglo es la pérdida del sentido del pecado" ¿Qué diría hoy?

Se añade otro problema: hoy se considera que todo lo relacionado con Dios, la religión y el pecado es **"asunto privado"** y entrar en esta esfera se ve como una injerencia en la esfera privada de otro, como no respetar su conciencia y su libertad. Esto sería contrario a la necesaria tolerancia y paz y, por tanto, un comportamiento asocial. Pero esta

postura es inaceptable, porque reduce la religión a un "asunto privado", cuando en realidad concierne a toda la vida, a nuestra relación con Dios, con el prójimo, con el mundo, con nosotros mismos.

Es importante, por tanto, despertar las conciencias, hablando de Dios y de su verdad, y llamando por su nombre a los pecados graves que destruyen al ser humano, a la familia y a la sociedad: superstición, idolatría, blasfemia, odio, aborto, adulterio, divorcio, fraude fiscal, juego, murmuración, etc. Intentar, con dulzura, hacer comprender a las personas que cometen esos pecados que no siguen el camino de la vida no es una ofensa contra ellas, sino -al contrario- una verdadera obra de misericordia.

Reconocer la maldad del propio pecado es la primera condición para que, con la ayuda de la misericordia divina, la persona pueda abandonar el camino que conduce a la muerte, para que pueda sanar y encontrar de nuevo la vida. Santiago escribe: "Hermanos míos, si uno de vosotros se aparta de la verdad y otro le hace volver a ella, sepa que quien hace volver al pecador de su camino de error le salvará de la muerte" (Sant 5,19s.). Podríamos ser "médicos espirituales" los unos para los otros. (Hermann Geissler F.S.O.)

La misericordia es la forma en que Dios-Trinidad se relaciona con el pecador

En el momento en que el mal, el pecado ha entrado en la vida de una persona, el comportamiento de Dios es intensificar su amor por esa persona. El objetivo de Dios es **"enderezar"** a la persona que ha hecho el mal: liberarla del mal, volver a ponerla en "justa relación" consigo misma, con el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo.

«No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva». La Intervención de Dios es "un más de amor", una inversión más intensa de amor gratuito, con la esperanza de que el pecador se dé cuenta de que es amado y vuelva a Él.

La justicia de Dios-Trinidad-Misericordia desea que el pecador, aceptando Su Amor gratuito, vuelva a Él; esto es **conversión por amor**. Le ayuda a reconocer su pecado y a decidir abandonarlo porque el pecado destruye Su proyecto de amor que da sentido a la vida de cada persona.

Así Dios-Trinidad-Misericordia reanuda Su diálogo de amor para que la persona "pueda vivir".

Esta secuencia puede llamarse **un «súper regalo», el perdón**. Esta es la Misericordia.

La acción de Dios no es borrar el pecado, olvidarlo, sino que se dirige a la persona del pecador: **una intervención reconstructiva.**

Dios-Trinidad-Misericordia-JUSTIFICA, hace justo, es decir, capaz de reanudar el diálogo con Él. El vértice de la Misericordia es esta Justicia de Dios: creadora, restauradora, justificadora, que devuelve al hombre su dignidad de "hijo de Dios". (F.C.)

«... es necesario reconocernos pecadores, para fortalecer en nosotros la certeza de la misericordia divina. "Señor, soy un pecador; Señor, soy un pecador: ven con tu misericordia". Es una oración hermosa. Es una oración fácil de rezar todos los días: "Señor, soy pecador; Señor, soy pecador: ven con tu misericordia"».

(Papa Francisco)

Oración por la conversión de los pecadores

Jesús dijo a Sor M. Faustina Kowalska: "La oración por la conversión de los pecadores me es gratísima. Yo la cumplo siempre".

*Jesús, verdad eterna y vida nuestra,
como un mendigo imploro tu Misericordia para los pecadores.
Dulcísimo Corazón de mi Señor, lleno de compasión y de misericordia,
te imploro por ellos.*

*Oh Corazón, fuente de misericordia,
de la que brotan sobre toda la humanidad incomparables rayos de
gracia, te pido luz para los que están en pecado.*

Jesús, acuérdate de Tu amarga pasión

, y no permitas que se pierdan

las almas rescatadas tan caro por Tu sangre.

*Oh Jesús, cuando medito en el gran valor de tu sangre,
me alegro de tal grandeza*

*, pues aunque el pecado es un abismo de ingratitud y maldad, sin
embargo el precio que se pagó por él
es infinitamente mayor que el pecado.*

*Una inmensa alegría se enciende en mi corazón
al admirar esta inconcebible bondad tuya.*

*Oh Jesús mío, deseo llevar a tus pies a todos los pecadores,
para que glorifiquen tu Misericordia que es infinita. Amén*



CONSOLAR A LOS AFLIGIDOS

«Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, el Espíritu de la verdad, que el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todo y os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn 14,25-26).»

Un icono evangélico, misterioso y profundo del consuelo de los afligidos es el que se refiere a Jesús en la noche de su pasión.

«Cuando llegó al lugar, les dijo: "Orad para que no entréis en tentación". Luego se apartó de ellos como a un tiro de piedra, cayó de rodillas y oró diciendo: 'Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya'. Entonces se le apareció un ángel del cielo para consolarlo. Entrando en la lucha, oró más intensamente, y su sudor se convirtió en gotas de sangre que caían al suelo. Luego, levantándose de la oración, fue a los discípulos y los encontró dormidos de tristeza».
(Lc 22, 39-45)

El dolor de Jesús llena de tristeza a sus discípulos, que huyen de la aflicción de Jesús, refugiándose en el sueño. Sólo un ángel, venido del cielo, puede permanecer junto a Jesús y consolarlo: no se sabe lo que hizo o dijo, pero da a Jesús la fuerza para entrar a fondo en la lucha y no caer presa de la desesperación. (Comunidad Beato Pablo VI)

Quizá nunca como en esta época de dictadura del relativismo el hombre – que es siempre y en todo caso un "mendigo de sentido y de plenitud" – ha carecido de sentido y de perspectiva, y por ello afligido. El uso masivo de **ansiolíticos** – en todo el mundo – nos da una señal fiable y alarmante de ello. La falta de bienes, materiales y espirituales; la enfermedad y el sufrimiento; la desorientación y el abandono nos hacen llorar. ¿Quién puede entonces consolarlo? ¿Y qué características debe tener el consuelo para ser eficaz? Jesús, antes de subir al Padre, prometió a la humanidad el Consolador perfecto, como se le llama en la secuencia del Veni Sancte Spiritus: **Consolador perfecto**, dulce huésped del alma, dulcísimo alivio.

Paráclito es el término con el que San Juan indica en su evangelio al **Espíritu Santo**. Tomado del lenguaje jurídico, el equivalente latino es *advocatus*, literalmente “llamado cerca”, el abogado entendido como defensor y por extensión consolador. En los textos jurídicos indica, en un juicio, “el que está al lado del acusado” para defenderle. (Chiara Mantovani)

Quien se propone consolar a los afligidos nunca se quedará sin trabajo en este mundo; consolar a los afligidos es sin duda una de las obras de misericordia más practicables y siempre necesaria, pero ciertamente no puede delegarse en una institución asistencial.

El Papa Benedicto XVI escribe en el número 28 de su encíclica ***Deus caritas est*** (Dios es amor): «El amor — caritas — será siempre necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal justo que pueda hacer superfluo el servicio del amor. Quien quiera deshacerse del amor se dispone a deshacerse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento necesitado de consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre habrá situaciones de necesidad material en las que sea indispensable la ayuda en la línea del amor concreto al prójimo. El **Estado** que todo lo quiere proporcionar, que todo lo absorbe en sí mismo, acaba convirtiéndose en un cuerpo burocrático que no puede asegurar lo esencial que el hombre que sufre -todo hombre- necesita: dedicación personal amorosa. Lo que necesitamos no es un Estado que regule y domine todo, sino un Estado que reconozca y apoye generosamente, según el principio de subsidiariedad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen espontaneidad y cercanía a las personas necesitadas de ayuda. La Iglesia es una de estas fuerzas vivas: en ella late la dinámica del amor suscitado por el Espíritu de Cristo».

No hay que consolar a los afligidos, sino consolarlos. El uso del verbo **“consolar”**, (que no debe confundirse con “reconfortar”), indica una acción positiva que, respondiendo a las necesidades de los demás, anula las causas del sufrimiento y recrea las condiciones anteriores de bienestar. Mientras que el consuelo se limita a una exhortación moral tan piadosa como inútil, la consolación debe aspirar a eliminar las causas del sufrimiento. Cuando esto no sucede, el consuelo se convierte en acoso, como se queja Job, afligido por una enormidad de desgracias, a sus amigos que intentan hacerle comprender la razón de tantos infortunios: “¡Ya he oído muchas cosas así! Sois todos unos **consoladores agobiantes**. ¿No se acabarán las palabras hechas al aire?

Yo también sería capaz de hablar como tú si estuvieras en mi lugar: te ahogaría con palabras... te consolaría con mi boca...". (Ib 16,1-4) (Alberto Maggi)

Consolar es un esfuerzo que exige trabajo de uno mismo. Las palabras y actitudes de quienes dan el pésame son a menudo la feria de la superficialidad, el triunfo de la vergüenza, un ritual obligado que no se puede evitar, pero para el que no se es digno. Sólo quien ha vivido un duelo y ha sabido habitar el dolor, asumir el vacío, dejarse moldear por la falta, puede, con su discreción y su inteligencia de lo que ocurre en el alma del doliente, no-bilitar ese encuentro. Y las palabras o los gestos «apropiados» que se dirigen a los deudos quedan grabados en la memoria de quienes los recibieron como una joya preciosa y rara. Tal es la fuerza de la conso- lación. (Francesco Lamendola)

Un periodista le pidió insistentemente que fotografiara sus ojos porque "Madre tenía una cara fea, pero los ojos más hermosos y felices, nunca vistos ni siquiera en actores, reinas, modelos...". Al oír esto, la **Madre Teresa** respondió: "¿Quiere saber por qué mis ojos son tan felices? El secreto es muy sencillo: ¡mis ojos son felices porque mis manos secan tantas lágrimas! Haced lo mismo, ¡os aseguro que experimentaréis la misma alegría!" (Testimonio del Cardenal Angelo Comastri)

A Nuestra Señora del Consuelo

Elegida por Dios para ser la Madre del Salvador

por el poder del Espíritu Santo,

escucha bondadosa nuestras oraciones:

Tú, que has experimentado momentos de indecible dolor al pie de la Cruz, sabes comprender a los que lloran y tienes poder para enjugar nuestras lágrimas.

Te suplicamos: socorre y consuela, con amor materno

, a quienes confiadamente te invocamos desde este valle de lágrimas.

Visita a nuestras familias, consuela a los enfermos,

protege a los niños y a los jóvenes,

haz que vuelvan al buen camino los que se han extraviado.

Tú que ahora estás junto al Divino Hijo, ciertamente bendito,

sostén nuestra fe, reaviva nuestra esperanza,

acrecienta nuestra caridad, para que, siguiendo tus admirables

ejemplos, podamos llegar un día hasta Ti en la felicidad eterna. Amén.



PERDONAR LAS OFENSAS

Ès la única Obra de Misericordia que no mira a las personas. Pero sí se centra en una cosa: el delito. Es más amplia. No tiene fronteras. No se limita a una categoría, porque abarca e invierte el corazón de todos nosotros. Día tras día. Porque el perdón es realmente decisivo y discriminante en la construcción de la sociedad y de la familia. ¡Porque parte del corazón y habla al corazón! El **perdón es entonces la cumbre para el creyente**. Es la acción humana que más corresponde a la divina. Pero **el valor social de perdonar las ofensas es también inmenso**. Porque donde hay perdón, hay jardín, crecimiento y olor a bendición. Por el contrario, donde no hay perdón, avanza el desierto y todo se cierra, se congela.

Y así como el perdón es el gesto que más nos acerca a Dios Padre, la per-donación es el signo más verdadero de nuestra dignidad de hombres. En el perdón, cielo y tierra, Dios y Hombre, humildad y grandeza, se entrelazan así milagrosamente.

(Giancarlo Bregantini)

En el momento más dramático de su presencia terrena, **Jesús** rompe las cadenas de sus agresores, derriba el muro levantado por sus verdugos, conmociona profundamente nuestros corazones con el perdón que ofrece a sus verdugos, traspasando la oscuridad de aquel momento terrible con un destello, cuando pide perdón al Padre: "Perdónalos Padre porque no saben lo que hacen". (Claudio Barbieri)

Entre las indicaciones evangélicas sin precedentes, quizá la más sorprendente sea ésta: "Si tu hermano peca siete veces al día contra ti y **siete veces al día** te dice: Me arrepiento, le perdonarás" (Lc 17,4). Ya es una tarea difícil; pero al menos aquí se trata de un ofensor que pide perdón. De hecho, la enseñanza general de Cristo es más amplia e incondicional: "Cuando oréis, si tenéis algo contra alguien, perdonadle, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone los pecados" (Mc 11,25). En esta escuela enseñan los apóstoles: No devolváis mal por mal a nadie (Rm 12,17); antes bien, "benedicid a los que persiguen" (Rm 12,14).

Es un lenguaje que tenemos en el oído y ya no nos impresiona. Pero su aplicación práctica está muy alejada de las costumbres humanas, en las que dominan los resentimientos y los rencores cultivados. Una de las causas más fuertes del **malestar social** es precisamente el odio furibundo y la venganza, que desencadenan una cadena interminable de represalias y, por tanto, de sufrimiento. De ahí la importancia de la quinta misericordia que la Iglesia trae al mundo: la incitación a hacer prevalecer en todos la "cultura del perdón". (Cardenal Giacomo Biffi)

La oración del padrenuestro nos pone bajo la lupa, nos confronta con nuestras responsabilidades y nos invita a examinar conscientemente nuestra posición. La cual, por una parte, debe volverse activa para dar cuerpo al perdón y, por otra, debe remitirse a la misericordia del Señor al pedir ser perdonada. "...y perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden...". Vemos enseguida que en el proceso del perdón hay una verdad sustancial: quien es **consciente del perdón de Dios** sabe perdonar. En efecto, al mirar con compasión y misericordia a quienes nos han ofendido, reconocemos también que somos infractores y, por tanto, necesitados de pedir perdón a Dios con humildad y confianza. (Claudio Barbieri)

El valor y la fuerza para perdonar constituyen el alma de la vida cristiana, pero también el camino para construir relaciones humanas profundas y duraderas. Jesús nos invita continuamente a perdonar las ofensas. Claro que perdonar es difícil, en el mundo aparece a veces como una reacción débil, casi contra nuestro instinto espontáneo. La **venganza**, en cambio, aparece como la reacción de una persona fuerte. Pero la venganza no resuelve nada, al contrario: amarga cada vez más el corazón, lo encierra en sí mismo, actúa como un veneno que puede tener efectos devastadores. (Hermann Geissler F.S.O.)

Perdonar "de corazón" nos ayuda a **no guardar en la memoria** un expediente sobre la otra persona, que siempre se reactiva cuando ocurre otra cosita. En este sentido, es muy importante la siguiente invitación de la Madre Julia: "Que hoy sea para ti el día en que pongas fin al pasado. Que hoy sea el día en que prendas fuego a todos los libros de deudas, libros de contabilidad y cuentas que aún guardas en tu corazón: quémalo todo en el fuego del amor perdonador de Dios. Eso es, prended un gran fuego: cuanto mayor sea la deuda, más fuerte estallará la luz. Comportaos de otra manera los unos con los otros, como si os vierais por primera vez; sí, se los repito, olviden todo lo que tie-

nen almacenado en su mente. Comenzar de nuevo con la ayuda de la gracia y de la fe" (25 de enero de 1981).

(La Venerable Madre Julia, Mexicana 1881 - 1974 - Misioneras Hijas de la Purísima Virgen María)

Pero ¡cuánto ha avanzado la humanidad en este duro y exigente pero tan **liberador viaje por el camino del perdón!** Y en cada paso, en cada etapa, la humanidad ha crecido. Se ha liberado de la tragedia de la venganza, de la teorización positiva de la guerra (¡aunque permanezca en nuestros corazones como trágica "locura"!); ¡de la pena de muerte!

Y ahora, partiendo precisamente del perdón de los delitos, tenemos **nuevas metas desafiantes** que alcanzar, como la revisión y mejora del sistema penitenciario, la progresiva eliminación de la cadena perpetua, nuevos espacios de reconciliación en la familia, un modo respetuoso de la política y los sindicatos, el poder de la no violencia ¡la custodia de la Creación! (Claudio Barbieri).

ORACIÓN

El designio de amor de Dios Padre, su corazón, está bien subrayado en el célebre prefacio de la segunda plegaria eucarística de la reconciliación, que dice así:

"Reconocemos tu amor de Padre cuando doblegas la dureza del hombre y en un mundo desgarrado por luchas y discordias lo abres a la reconciliación.

Por la fuerza del Espíritu, actúas en el fondo de los corazones para que los enemigos se abran al diálogo, los adversarios se den la mano y los pueblos se encuentren en la concordia.

¡Por tu don, oh Padre, la búsqueda sincera de la paz apaga las contiendas, el amor vence al odio y la venganza es desarmada por el perdón!"



SOPORTAR LOS DEFECTOS DEL OTRO

Un famoso texto de la tradición cristiana, franciscana en particular, nos permite introducirnos en esta obra de misericordia de manera crítica y problemática. En los **Fioretti, Francisco** explica al hermano León en qué consiste la alegría perfecta y le dice:

Cuando estemos en Santa Maria degli Agnoli, tan mojados por la lluvia y helados por el frío y embarrados por el loto y afligidos por el hambre, y llamemos a la puerta del lugar, y el portero se enfadará y dirá: ¿Quiénes sois? Y nosotros diremos: Somos dos de tus hermanos; y él dirá: Y él dirá: No decís verdad, sino que sois dos sinvergüenzas que vais por ahí engañando al mundo y robando la limosna de los pobres; marchaos; y no nos abrirá la puerta, y nos hará quedarnos fuera en la nieve y el agua, con frío y hambre hasta la noche; Entonces, si soportamos tanta injusticia y crueldad, y tanto encomio, pacientemente, sin turbarnos por ello, y sin murmurar por ello, y pensamos humildemente que el portero nos conoce de verdad, que Dios le hace hablar contra nosotros; oh hermano Lyon, inscribe que aquí está la alegría perfecta. Y si, por el contrario, perseveramos en golpearle, y él sale alborotado, y como canallas importunos nos ahuyenta con maledicciones y jactancias, diciendo: Apartaos, viles ladrones, id al hospital, que aquí no comeréis ni os alojaréis; si lo soportamos pacientemente y con alegría y buen amor; oh hermano Lyon, inscribe que aquí está la perfecta felicidad.

Y si nosotros, aunque constreñidos por el hambre y el frío y la noche, golpeáramos y llamáramos y rogáramos por amor de Dios con gran llanto, para que Él nos abriera y nos metiera, y los más escandalosos dijeran: Estos son unos importunos sinvergüenzas, yo les pagaré bien como se merecen; y salieran con un palo de báculo, y nos tomaran por la capucha y nos arrojaran a la tierra y nos envolvieran en nieve y nos golpearan nudo por nudo con ese palo: si soportamos todas estas cosas con paciencia y alegría, pensando en los padecimientos del bienaventurado Cristo, que hemos de soportar por su causa; oh hermano Lyon, haz constar que aquí y en esto hay perfecta alegría.

El texto nos interroga: : ¿quién está "angustiado" en este cuento? ¿Los dos hermanos que llaman a la puerta, buscando insistentemente refugio del frío y la noche? ¿O el que no quiere acogerlos, poniendo excusas y no atendiendo a razones? ¿ O cuándo se siente que una persona atosiga? ¿Cuándo, y por qué, nos molesta? ¿Cuándo sentimos que una persona es insoportable? ¿Por qué nos molesta un determinado comportamiento de una persona? Al percibir molestia frente a alguien y sentir su insoportabilidad hay también una revelación de nosotros a nosotros mismos. Al sentir a una persona como molesta y acosadora puede haber simplemente la expresión de sentimientos egoístas y racistas o de miedo y rechazo a la confrontación. Se puede pensar, por ejemplo, en el sentimiento que muchas personas tienen ante los inmigrantes que llegan a nuestro país.

Además, este texto presenta un caso clamoroso de rechazo de la paciencia y la indulgencia hacia los que se sienten molestos, pero también un caso heroico de indulgencia y paciencia ante la insoportabilidad de los demás convertida en violencia agresiva. Este aguante está fundado en el Evangelio y en el ejemplo de Cristo y es posible gracias a la fe. De hecho, Francisco prosigue su discurso al hermano León afirmando que la gracia del Espíritu Santo consiste en poder vencerse a sí mismo y soportar voluntariamente, por amor a Cristo, dolores, insultos, opresiones e incomodidades, sin jactarse de ello, sino poniendo la propia jactancia únicamente en la cruz de Cristo: «En la cruz de la tribulación y de la aflicción podemos gloriarnos, pero como dice el Apóstol: No me gloriaré sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Ga 6,14)".

La paciencia es la gran mirada de Dios hacia el hombre, una mirada que no se detiene en el detalle, en el incidente del camino, no considera el pecado como definitivo, sino que lo sitúa dentro de todo el itinerario existencial que el hombre está llamado a recorrer. Por tanto, expone a Dios al riesgo de no ser tomado en serio, de ser «utilizado» por el hombre. En Cristo, y particularmente en su pasión y muerte, la paciencia de Dios alcanza su cima como asunción radical de la insuficiencia y debilidad del hombre, de su pecado.

En Cristo, Dios acepta "llevar la carga", de "soportar" la imperfección y la insuficiencia humana, responsabilizándose del hombre en su falibilidad. La "paciencia de Cristo" (2 Tes 3,5) expresa así el amor de Dios, es su sacramento.

Hoy, sin embargo, la paciencia ha perdido gran parte de su atractivo: los tiempos apresurados nos llevan a la impaciencia, al "todo y ahora", a la posesión que no deja lugar a la espera. La afirmación individualista de uno mismo se convierte en falta de **voluntad para esperar y comprender** al otro, que con demasiada rapidez vuelve a ser molesto o fastidioso, ciertamente estorba. De ahí que la paciencia, que antaño era una forma sabia y humana de habitar el mundo, esté ahora relegada al olvido. Al mismo tiempo, hay que reconocer con realismo que la paciencia no siempre es una virtud, del mismo modo que la impaciencia no siempre es una no-virtud.

La paciencia es un arte. No tiene nada que ver con la resistencia pasiva. Por el contrario, quien no tiene paciencia es quien, la mayoría de las veces, sufre. El aguante paciente, pero libre y amoroso, de quien es molesto, antipático, aburrido, lento, está en la línea del amor al enemigo (cf. Mt 5, 38-48; Lc 6, 27-35). Y exige un trabajo sobre uno mismo para aprender a conocer y amar al enemigo que hay en nosotros, lo que nos molesta, lo que nos resulta insoportable y que Dios, en Cristo, ha soportado pacientemente amándonos incondicionalmente. De este modo, la paciencia se convierte en apertura de futuro para el otro, confirmación de confianza en él, lucha con él y por él contra la tentación de la desesperación. (Luciano Manicardi)

PREGUNTAS A DIOS por Kirk Kilgour

Le pedí a Dios que me hiciera fuerte para ejecutar proyectos grandiosos:

Me hizo débil para preservarme en la humildad.

Le pedí a Dios que me diera salud para realizar grandes obras: Él me dio dolor para comprenderlo mejor.

Le pedí riqueza para poseerlo todo:

Me hizo pobre para no ser egoísta.

Le pedí poder para que los hombres me necesitaran: Él me dio humillación para que yo los necesitara. Le pedí todo para gozar de la vida:

Él me dejó la vida para que yo pudiera gozar de todo.

Señor, no recibí nada de lo que pedí pero me diste todo lo que necesitaba y casi contra mi voluntad.

Las oraciones que no hice fueron atendidas.

Alabado seas, Señor mío, de todos los hombres nadie posee lo que yo tengo".



REZAR A DIOS POR LOS VIVOS Y MUERTOS

Rezar a Dios. El mensaje del Papa Francisco para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz 2016 se abre con tres afirmaciones muy significativas: "**¡Dios no es indiferente! Dios se preocupa por la humanidad, ¡Dios no la abandona!**".

Dios es el sabio arquitecto de mi vida. No puedo hacer mis planes, actuar en consecuencia, y luego esperar que Dios venga y sea el obrero en la construcción.

La construcción la hacemos juntos, en "colaboración". Hay que ser consciente de la inversión de perspectiva que hace el cristianismo con respecto a la oración pagana: **el pagano reza para conquistar a los dioses**, para ganarse su favor, para ponerlos de nuestro lado. Para el cristiano es lo contrario: no tengo que convencer a Dios, porque ya está de mi parte, de mi lado. Soy yo quien debe convencerme y ponerme de parte de Dios; **no rezo para convertir a Dios, sino para convertir a los demás, y a mí mismo con ellos**.

Per i vivi

La obra de misericordia que estamos profundizando se refiere en particular a la **oración de intercesión**, rezar por los demás. Interceder significa «ponerse en medio», "interponerse", colocarse entre dos partes para intentar tender un puente, una comunicación entre ellas. "Caminar en medio", dispuesto a ayudar a cada una de las dos partes. En la intercesión asumimos las cargas de aquellos por quienes rezamos: es una oración que remite al plan de Dios y nos permite participar en su obra de salvación.

Tomando una imagen del libro de Job, podemos decir que el intercesor es aquel que pone **una mano sobre Dios y otra sobre el hombre**, convirtiéndose él mismo en puente entre uno y otro: "No hay entre nosotros árbitro que ponga su mano sobre nosotros" (Job 9,33). Todo cristiano está llamado a interceder y a desempeñar un papel especial con respecto a la humanidad entera: los que siguen a Jesús comparten la responsabilidad de la salvación del mundo entero.

Por eso, la presencia de muchos intercesores es un medio para realizar una comunidad que corresponda al plan de Dios y para promover la obra de reconciliación entre las personas, los pueblos, las culturas y las religiones, y entre la humanidad y su Dios.

Este gran río de intercesión está inmerso en el océano de las intercesiones de Cristo.

Jesús intercesor

Pensemos en su posición en la cruz, cuando su postura entre el cielo y la tierra, con los brazos extendidos para llevar a todos los hombres a Dios, se convierte en una narración del resultado último de la intercesión: **la entrega de la vida por los pecadores** por parte del que es santo, el "morir por" los injustos por parte del que es justo. La oración de Jesús en la cruz: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34) resume toda una vida pasada ante Dios por los demás y muestra a un Jesús que se convirtió él mismo en intercesión por su vida y su muerte. El Resucitado sigue intercediendo por todos los hombres desde lo alto, escribe San Pablo a los Romanos: "ha resucitado, está a la derecha de Dios e intercede por nosotros" (Rm 8,34).

Por los difuntos

La Iglesia siempre nos ha invitado a rezar por los difuntos, en particular ofreciendo por ellos la Celebración eucarística: es la mejor ayuda espiritual que podemos prestar a sus almas, especialmente a las más abandonadas.

En la *Lumen gentium* leemos que la Iglesia: "desde los primeros tiempos de la religión cristiana ha cultivado con gran piedad la memoria de los difuntos" (LG 50). Al orar por los difuntos, la Iglesia participa en el plan de salvación de Dios, que tiene como meta el Reino, la resurrección final y la vida eterna.

En la base de esta oración hay, pues, un **vínculo de solidaridad** en el amor mutuo: rezamos por los difuntos porque los amamos. Y ellos también nos siguen amando, con un amor aún mayor que el que nos tuvieron durante su vida terrena, porque ya no están limitados por la fragilidad de la naturaleza humana, sino que ahora aman con la misma fuerza del amor de Dios.

En la oración, experimentamos la comunión con ellos cuando les pedimos que nos acompañen desde el cielo y hablen a Dios de nosotros;

también expresamos nuestra convicción de que el amor es más fuerte que la muerte. Porque la muerte física no puede desatar los lazos del amor y de la caridad, que nos unen a todos en un solo cuerpo. Cuando rezamos por los difuntos, nos basta saber que su amor a Dios sigue creciendo y que necesitan nuestro apoyo, como nosotros necesitamos el suyo. (Andrea Brandolini Colegiata de San Giovanni in Persiceto 17 ene 2016 Catequesis para adultos)

ORACIÓN del Papa Francisco

*Dios de misericordia infinita,
confiamos a tu inmensa bondad
a los que han dejado este mundo por la eternidad,
donde esperas a toda la humanidad,
redimida por la sangre preciosa de Cristo, tu Hijo, que
murió en rescate por nuestros pecados.
No mires, Señor, las muchas pobreza, miserias y debilidades
humanas, cuando nos presentemos ante tu tribunal,
para ser juzgados por la felicidad o la condenación.
Vuelve sobre nosotros tu mirada compasiva,
que brota de la ternura de tu corazón,
y ayúdanos a recorrer el camino de la purificación completa. Que
ninguno de tus hijos se pierda en el fuego eterno del infierno, donde
ya no puede haber arrepentimiento.
Te encomendamos, Señor, las almas de nuestros seres queridos,
de los que han muerto sin consuelo sacramental,
o no han tenido oportunidad de arrepentirse ni siquiera al final de sus
vidas. Que nadie tema encontrarse contigo,
o después de su peregrinación terrena,
o con la esperanza de ser acogido en los brazos de tu infinita
misericordia. Que nuestra muerte corporal nos encuentre vigilantes en
la oración y cargados de todo el bien realizado en el curso de nuestra
corta o larga existencia. Señor, que nada nos aparte de Ti en esta tierra,
o sino que todo y todos nos sostengan en nuestro ardiente deseo
o de descansar en paz y eternamente en Ti.
o Amén.*

(Angelus -2 noviembre del 2014)

SOR MARIE-ANASTASIA CARRÉ



Sor Marie-Anastasia Carré es una religiosa consagrada, artista y profesora de artes plásticas. Nació en una familia en la que el arte se transmitía de generación en generación. ***“En mi familia pude darme cuenta de que el arte es una forma de amar. Nuestros padres nos transmitieron el don de saber maravillarnos”.***

Estudió arte en la Université d'Arts Plastiques de Rennes (Francia). Después fue profesora en un Instituto. Una fuerte experiencia espiritual cambió el rumbo de su vida, cuando sintió la llamada a seguir a Cristo como consagrada en la Comunidad de las Bienaventuranzas.

En ese momento suspende toda actividad artística durante varios años. Pero cuando le piden que prepare un curso de activi-

dades artísticas para una cárcel de menores de Filipinas, redescubre la influencia de la experiencia artística en la vida humana.

“Es como si el Señor me dijera: es bueno que ayudes a los demás a expresarse, a comunicarse, pero ¿no se aplica también a ti?”. Y fue en Asia donde el color irrumpió en su vida, mientras que antes utilizaba exclusivamente el blanco y negro. Su comunidad alienta esta vocación artística al servicio de la evangelización.

El arte es hoy para ella una misión, pero también una manera artística de vivir unida a Dios, una escuela de vida espiritual y humana, es amor.

"Antes de ser cuadros, dibujados o pintados, son oportunidades para dejarme transformar por la Palabra de Dios y responder a ella. Pintar se convierte en un acto de fe o de amor".

Esta expresión artística ha encontrado un lugar en el carisma de su comunidad y se ha convertido en una oportunidad para revelar la belleza de Dios en la liturgia, en la vida fraterna y en la actividad misionera. El arte y la belleza presentes en la liturgia y en los lugares de oración son como puentes o como los brazos de Dios abiertos a la humanidad. **"El arte es capaz de expresar y hacer visible la necesidad humana de ir más allá de lo que se ve, expresa la sed y la búsqueda de lo infinito".**

(Benedicto XVI)

Sor Marie-Anastasia acaba de terminar una exposición para el Jubileo de Misericordia, en el sur de Francia, sobre el tema **"El encuentro con Dios a través del arte"**. Sus obras se desarrollan en dos direcciones, una litúrgica que responde a las peticiones de lugares de retiro, y la otra dirección es un proyecto de proclamación del Evangelio a través de imágenes. **"Mis cuadros son como misioneros enviados donde Dios quiere y permite que se haga el bien"**.

El rostro, el encuentro, la interioridad, la relación con Dios son sus temas principales. Al morir su pincel en la Palabra de Dios, su arte se convierte en miradas, gestos, colores. Cristo, que se hace Rostro para que podamos encontrarle, habla a las personas a las que alcanza con su mirada. **"La imagen recoge toda la Palabra, hace visible el Evangelio"**.(Concilio de Constantinopla VI).

A veces se pide al artista que se someta a la prueba de hacer un cuadro in situ, durante una reunión. Estos cuadros se convierten así en un eco visual de la predicación. El cuadro dice en silencio lo que la Palabra de Dios dice con la voz. Además, Sor Marie-Anastasia propone también retiros que ella llama: «La pintura como oración» para artistas cristianos más o menos creyentes para ayudarles a meditar la Palabra de Dios con el uso de la imagen que se convierte en testimonio de la gracia recibida.

Además de los acrílicos y las acuarelas, Sor Marie-Anastasia también se expresa con frescos. En sus obras, a la artista le gusta trabajar en relieve con materias primas de gran cuerpo. El dibujo se graba tan profundamente como la Palabra está llamada a grabarse en nuestros corazones. Mediante los colores y los materiales, cada obra de arte tartamudea su propia sed de Dios.

Puede encontrar sus trabajos en <http://srmarieanastasia.wix.com/artiste>

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	3
DAR DE COMER A LOS HAMBRIENTOS	7
DAR DE BEBER A LOS SEDIENTOS	11
VESTIR AL DESNUDO	15
ACOGER A LOS PEREGRINOS	19
VISITAR A LOS ENFERMOS	23
VISITAR AL PRESO	27
ENTERRAR A LOS MUERTOS	31
ACONSEJAR A LOS QUE DUDAN	35
ENSEÑAR A LOS QUE NO SABEN	39
CORREGIR A LOS QUE SE EQUIVOCAN	43
CONSOLAR A LOS AFLIGIDOS	47
PERDONAR LAS OFENSAS	51
SOPORTAR LOS DEFECTOS DEL OTRO	55
REZAR A DIOS POR LOS VIVOS Y MUERTOS	59

CONTINÚA EL VIAJE HACIA LA MISERICORDIA



IT - Carlo Miglietta – Le Opere di Misericordia

EN - Carlo Miglietta – Works of Mercy

FR - Carlo Miglietta – Oeuvres de miséricorde

Nuestra revista en línea en más **de 30 idiomas**

mission.spaziospadoni.org

Para obtener más información

info@spaziospadoni.org

LA MISERICORDIA DE DIOS EN LA OBRA SIEMPRE

spaziospadoni.org



Partner



francescoeconomy.org

SSL_001_02_24_IT

SPAZIO†SPADONI

GENERA ACCIONES DE MISIÓN Y MISERICORDIA EN EL MUNDO